

Cuba antes del descubrimiento.

Los siboneyes: su idioma, costumbres y religión*

Por el Dr. Guillermo DE MONTAGÚ

Correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Letras

Digitalización: Boris Rodríguez Tápanes



Evidentemente, cualquier obra destinada a tratar de lo que Cuba ha sido, es y puede ser en el futuro, como nación, como sociedad y como centro productor, el más rico y mejor situado que pudieron soñar los hombres para el libre desenvolvimiento de todas sus actividades, quedaría incompleta y mutilada si en ella no figurase, en primer término, la historia poética y atractiva de sus primeros pobladores, la visión fugaz y rápida si se quiere, pero interesante y pintoresca como pocas, de sus campos fecundos y milagrosos, en aquellos tiempos de leyenda en que, huérfanos de la vana pompa de las ciudades modernas, lucían en todo su esplendor la natural belleza de sus selvas opulentas, sostén y refugio a la par de una raza ingenua, sencilla y tierna, desaparecida y borrada al contacto, no siempre afortunado, de la civilización.

Nosotros los pueblos de América, a diferencia de los que hallaron cuna más antigua en las restantes partes del mundo, no podemos ir hacia un ayer lejano, para encontrar la fuente de nuestra vida actual en los primitivos habitantes de los países que más bien ocupamos por derecho de conquista, como descendientes de los aventureros que vinieron a ellos a buscar la riqueza o la gloria. No nos es lícito ir a la investigación de las épocas remotas de nuestra patria, con la cabeza descubierta y la mirada respetuosa y grave de quien penetra en el panteón de sus abuelos y huele sus sagrados restos con trémula planta. En efecto, de los indios de América, no hemos recibido ni la sangre, ni la fé, ni las costumbres, otros son nuestros antepasados, importada nuestra cultura y distintos nuestros ideales y nuestros anhelos, heredados de naciones ya caducas o renovados al influjo del sol ardiente y la naturaleza exuberante de la tierra nueva. Pero si no este interés primordial de familia, de tradición o de sangre, lígnanos indudablemente a los aborígenes de Cuba, el suelo portentoso que les arrebatamos, la inquieta curiosidad de saber lo que eran

* Este texto fue publicado en: Wilfredo Fernández y Emilio Roig de Leuchsering (1925): *El Libro de Cuba: historia, letras, artes, ciencias, agricultura, industria, comercio, bellezas naturales: obra de propaganda nacional*: pp. 23-30. Talleres del Sindicato de Artes Gráficas.

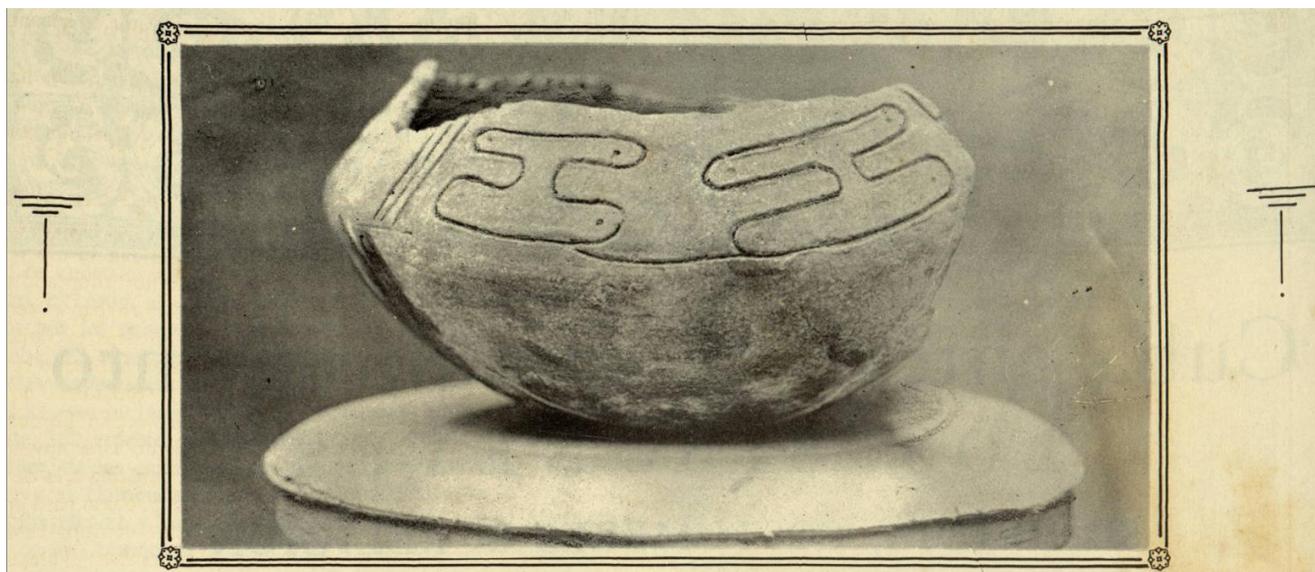


FIG. 1. Vasija Taina (Del Museo de Santiago de Cuba)

quienes nos precedieron en el dominio de esta maravilla, el piadoso deseo de conservar, como el perfume de las rosas que destruye nuestro pié, la dulce leyenda de la vida que marchitó nuestra invasión audaz, y aun el lógico afán de conocer a fondo el pasado de nuestro hogar, y descifrar la manera como han quedado prendidos en nuestro lenguaje, cual si protestaran del olvido injusto de una raza muerta a nuestras manos, los vocablos misteriosos, las palabras extrañas y melódicas con que reían sus alegrías y gemían sus dolores aquellos pálidos hijos de la virgen América.

De aquí la idea de comenzar la serie de monografías históricas que integran la primera parte del *Libro de Cuba*, con esta breve noticia acerca de sus primeros pobladores. Siboneyes, Ciboneyes o Zibunelles, (Cibuneyes según el Obispo de Chiapas), es el nombre con que se conocía en Haití a los naturales de Cuba. Cual sea el origen de esta palabra y el de la denominación de la Isla, que también sostiene Herrera (Década 1*) se llamaba por los indios Mayaquitirí, y qué relación guardan entre sí, es cosa que no está bien averiguada y que, probablemente, no se averiguará nunca. Afirma el sabio vueltabajero Tranquilino Sándalio de Noda, que Cuba significa país, tierra; pero ignoramos el fundamento de esa aseveración. Ciboneyes o Siboneyes parece equivaler a habitantes o hijos de Cuba. En otro sentido pueden citarse como antecedentes originarios de una o de ambas voces los vocablos Ciba o Siba (piedra)

Cibas o sibas (cuentas o pedrerías) Cibao o Sibao (provincia pedregosa, y río que corría sobre arenas auríferas) que vendrían a señalar una significación propia a los dos nombres. Por eso, sin duda, han buscado algunos la etimología de la palabra Siboney en el amor a las pedrerías y cuentas de estos indios Ni es siquiera opinión sustentable la de que fuera tal nombre peculiar y exclusivo de los cubanos, ya que consta de documentos auténticos que se designaba también así, bien que sustituyendo la "s" con la "z" y la "o" con la "u" (Zibuneyes) a una tribu semejante a las que poblaban los Jardines y "servían de criados a los demás." Sea de ello lo que quiera, no cabe duda alguna de que con tal nombre, preferentemente escrito como se lee en el encabezamiento de este trabajo, fueron conocidos de sus vecinos y de los descubridores los habitantes primitivos de nuestra Isla.

Eran los cubanos, según afirman todos los cronistas, de muy buenas formas. Llevaban los hombres el cabello cortado y echado hacia atrás de las orejas, siendo pocos los que lo usaban largo o en trenza. Así como Anacaona (escribe Bachiller) se pintaba flores rojas y azules en el cuerpo para hermosearse más a los ojos de sus contemporáneos, se cubrían el cuerpo los guerreros, para aparecer feroces en el combate, con el rojo color de la bija y el negro de la jagua. Esta supuesta ferocidad no era, sin embargo, cualidad natural en ellos; en efecto, los Siboneyes no mataban a los prisioneros ni eran antropófagos.

Sus armas usuales, consistían en flechas, macanas y lanzas de madera dura, cuyas puntas eran por lo general de la misma madera, sin metal ni pedernal; cuando más un hueso de pescado según la forma. Los jefes llevaban de día sus adornos característicos de plumas y por la noche un cocuyo o un collar de ellos. Sus costumbres y creencias, eran sencillas y puras: en cuanto a religión, tenían idea de un Ser Supremo, de la inmortalidad del alma y aún, según algunos, reminiscencias de tradiciones referidas al Diluvio Universal. Escritores hay que los pintan como adoradores del Sol.

Cuando en el año 1492 llegaron por primera vez a la Isla los aventureros españoles, la hallaron cubierta de gran número de poblaciones, generalmente pequeñas, pues se componían de cinco a diez casas, siendo las mayores de doscientas a trescientas (Navarrete—*Colección de viajes*, tomo primero, páginas 31 y 50; Casas—*Historia general de las Indias*, tomo III, Libro III, Capítulo XXIII.) Las casas eran amplias y servían de habitación común a muchas familias, alojándose en cada una de ellas cien, doscientas y hasta cuatrocientas personas. Fray Bartolomé de las Casas, refiere haber visto quinientas en un bohío del pueblo de Caonao. No es pues, de extrañar que, como hace notar la Torre, Camagüey, con solo cincuenta casas, tuviese más de cinco mil vecinos. “Esto es una cosa muy notable,—dice Torquemada,—y muy cierto argumento de la bondad natural, mansedumbre y humanidad de estas occidentales naciones, y esto corre por todas aquellas islas en común, y se viera en ellas que en una casa de pajas que comunmente tenía de hueco treinta o cuarenta pies, aunque redonda, y que no tenía retretes ni apartados pudiesen vivir diez y quince vecinos toda la vida (bueno será advertir que para los autores de la época vecino equivale a familia) sin tener ruido ni hacerse mal entre sí, ni los maridos con las mujeres, ni las mujeres con los hijos, ni vecino con vecino, sino que viviesen tantos juntos como si no fuesen más que uno; parece que admira y es argumento de su mansa y pacífica condición, y es cosa manifiesta que si tuvieran reyertas y bregas entre sí, no vivieran en paz, unidad y conformidad, no se pudieran sustentar unos con otros ni sufrirse y por consiguiente se dividieran y apartaran los unos de los otros, haciendo casas distintas en que cada uno hiciera

su morada. Y para prueba de esto, basta saber, y más haberlo visto por experiencia, lo que pasa entre nosotros los españoles y otras muchas naciones del mundo, en que los padres no pueden sufrir a los hijos ni los hijos a los padres, mayormente si se casan, que luego cada uno quiere dedicar jurisdicción y parecer gallo en su muladar y cantar a solas donde nadie lo perturbe.”- (*Monarquía indiana*, Libro III, Capítulo, III.)

Como la principal ocupación de estos isleños era la pesca, las costas estaban más pobladas que el interior. Colón en su primer viaje se admira a cada paso, de la multitud de pueblos que descubría, particularmente en su tránsito de Nuevitas a la Punta de Maisí (Navarrete, tomo primero, pág. 163—Torquemada, libro citado.) Las poblaciones no obedecían a ningún plan fijo. No se veían en ellas calles trazadas con simetría, sino que las construían agrupadas las casas a corta distancia las unas de las otras formando conucos o sea huertos o labranzas cercados de estacas. Los Caneyes ocupaban casi siempre el centro y delante de ellos se abría el batey. Era el Caney, (y perdónesenos esta indispensable intercalación de explicaciones sin las cuales sería imposible para la mayoría de nuestros lectores darse cuenta del significado de términos de uso forzoso) la habitación del Jefe, circular y mayor que las restantes de la población. El P. Julián, llama Caneyes a todas las chozas de los indios de Cartagena en la “Perla de la América”; y nos dice que los misioneros contaron veinte y un mil caneyes a los indios Quepes en una población, que debían calcularse por otras tantas familias (página 152.) Lleva también este nombre un pueblo de la provincia de Santiago de Cuba, único punto donde en 1844 quedaban vestigios de la raza india. Los Caneyes tenían una claraboya o torrecilla para que saliera el humo y entrara la luz. El batey era una gran plaza cuadrilonga, llana y siempre limpia donde jugaban a los batos (juego de pelota) y celebraban sus areitos (cantos acompañados de bailes en que recordaban los indios sus tradiciones y celebraban sus fiestas y ritos; en otras partes se llamaban batocos.)

Si el pueblo era muy grande construíanse otros bateyes menores, y en ocasiones uno mayor que todos fuera del poblado, para partidas numerosas o para los restos entre poblaciones, bastante fre-

cuentes. (Navarrete, Tomo primero pág. 42—Torquemada, libro V, Cap. III—Charlevoix, Tomo primero, pág. 40). Las chozas habitadas por las restantes familias se llamaban bohíos, aun que también solían fabricarlas en forma de caney (formando un cono) no sólo por ser las de más fácil edificación, sino por parecer las más propias para resistir los huracanes (huracan, viento grande) que todavía hoy constituyen el azote de las Antillas (Navarrete, obra citada; Oviedo, *Relación sumaria de las Indias*, Capítulo XXVI.) El modo de fabricarlas era según la Torre el siguiente: Trazaban un círculo en la tierra, clavaban en él unos palos largos, como a distancia de media vara unos de otros, y después los ataban reuniéndolos en la parte superior para darles mayor solidez; solían colocar verticalmente un grueso horcón en el centro, atando a él dichos palos. Ya en esta disposición les cruzaban varios cujes o varas más delgadas, preferentemente de yaya, madera elegida por su dureza y flexibilidad. Otras chozas, dice Torquemada, hacían de caña de carrizo y con las mismas labores tan curiosamente tejidas que parecían pintadas. Cobijábanlas en seguida con pencas de palmas o de cualquiera otra especie de guano, colocándolas unas sobre otras a manera de tejas planas. Esta manera de cubrir las casas, escribe Oviedo, es de la misma manera y semejanza de los villajes y aldeas de Flandes, y si lo uno es mejor y más bien puesto que lo otro, creo que la ventaja la tiene el cubrir de las Indias, porque la paja o hierba es mejor que la de Flandes. Las ligaduras hacíanlas con bejuco (plantas sarmentosas) majagua en tiras, o hecha cabuya (cordel) o con ariques (tiras de la yagua de palma) y solían pintar estas tiras de colores para formar lazos y adornos utilizados en el interior. Los otros bohíos, contruidos con los mismos materiales, tenían diversas formas, pues unos eran elípticos y otros cuadrilongos, siendo estos últimos habitados generalmente por los nitainos o naitanos (nobles) y estando divididos en el interior por medio de un tabique formando dos salas, en una de las cuales se encontraba la barbacoa, especie de granero alto, sin puerta, donde también se guardaban otros frutos. Todas estas habitaciones tenían dos entradas y además colgadizos que servían como lugares de recibo.

En algunos lugares, los bohíos se construían sobre horcones, ya en lugares pantanosos, ya en el agua misma, según observaron los conquistadores en Sabana (hoy San Juan de los Remedios) y en la jurisdicción de Sagua.

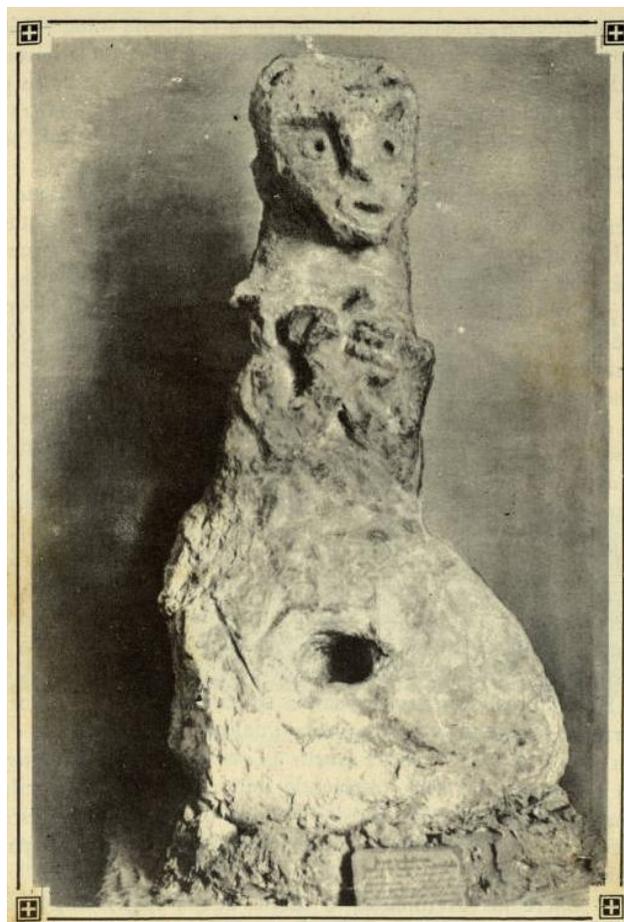


FIG. 2. Ídolo siboney. (Museo de Santiago de Cuba). (Foto colección de F. Ortiz.)

También habitaban los Siboneyes en cuevas de las cuales una de ellas, situada en la hacienda Bañes, en Holguín, ofreció a la curiosidad de los investigadores “varios peñascos que solo la mano del hombre, ayudada de su industria, pudiera haberlos labrado de manera que sirvieran para usos domésticos, tales como mesas, asientos etc., y sobre todo un fogón en que están asentadas seis cazuelas de finísimo barro y de regular tamaño. En la parte exterior éstas, y alrededor de sus bordes, se ven grabadas varias figuras que indican haber sido trabajadas por los indios y representan matas de plátanos, algunos arbustos, chozas con el techo de hojas, indias arrojando flechas en

ademán de atravesar animales parecidos a las jutías, y yerbas regadas por las circunferencias de los árboles.” (Relación del Teniente Gobernador de la jurisdicción de Holguín.) En la gran tierra de Maya (Maisí), hay otra cueva muy espaciosa, donde se encontraron osarios, calaveras y huesos humanos.

Pueden hallarse nuevos antecedentes y detalles de las habitaciones de los indios, entre otros autores, en García, *Origen de los Indios*, Herrera, Clavijero, etc., además de los citados anteriormente.

El principal de los muebles era una red cuyas extremidades se componían de muchos cordeles llamados jicos, que ataban a las soleras de las casas. Bastará para que se comprendan su uso y figura decir que se trata de las hamacas, nombre hoy adoptado por todos los idiomas y en todas partes conocido. Adornaban el techo con “cobos” y otros caracoles, con “cibas” o piedras extrañas y bonitas y con los ariques pintados de que antes se ha hecho referencia. Muchos historiadores afirman que los Siboneyes no se sentaban, sino que se ponían en cuclillas; pero según Fernando Colón, en Camagüey los indios ofrecieron asiento a los enviados de su padre, en unas piezas de extraña forma, parecida a la de un animal de piernas y brazos cortos y cola levantada, como para apoyarse o reclinarse, rematando en el otro extremo con una cabeza en que algunas veces eran de oro los ojos y las orejas. Tales son los duche, duje o dujo. (Navarrete, Pedro del Prado.) Los utensilios de cocina eran vasijas de barro utilizados como ollas para el ajíaco (plato todavía usual aún cuando haya variado en su condimento.) Entonces se componía de jutía, guaminiquinares, cories, manatí, gusanos o iguanas, yucas, plátanos, ajes, (para algunos el ñame) guagüí (malanga), aguacate y un poco de ají, que en opinión de la Torre es el que le daba nombre. Las jibueras, (júcaras) cucharas etc., las hacían con la cascara dura de la güira o de los cocos. Charlevoix llama al ajíaco iracas, pero ha prevalecido el vocablo primeramente indicado.

Otro de sus alimentos habituales, era la cativía (yuca rayada con los guayos, que hoy se fabrican de metal, y exprimida en el civacán o saco de estera, para hacer el “casabí” hoy casabe. Para cocer estos alimentos usaban el “burén” horno

hendido; y también conocieron los jibes y cedazos para colar o pasar la cativía y la harina de maisí (maíz) Los “cataures” y “jabas” eran cestas para guardar y transportar objetos, y, a veces, para conservar los restos de sus abuelos.

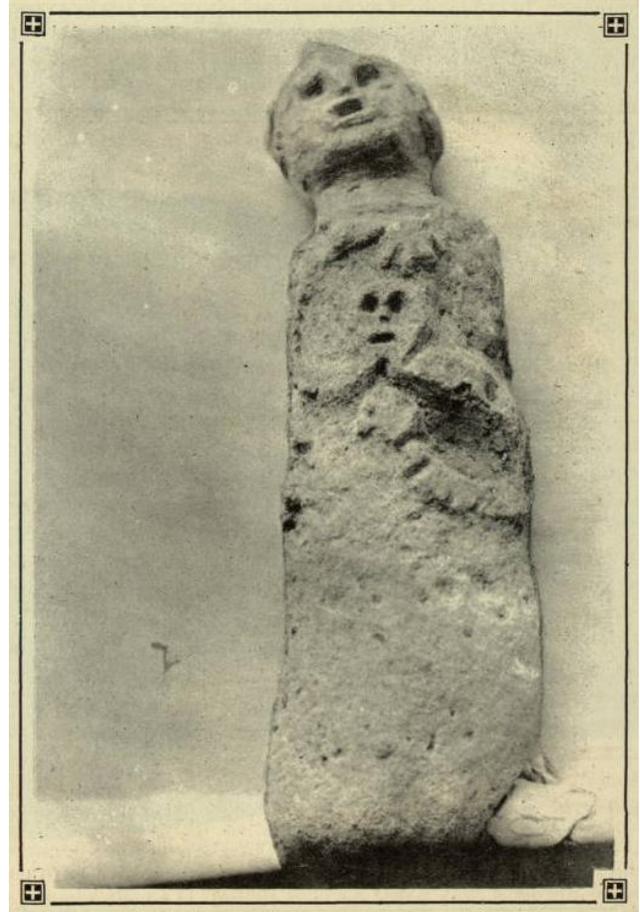


FIG. 3. Ídolo siboney. (Museo de Santiago de Cuba). (Foto colección de F. Ortiz.)

Las mujeres trabajan tanto o más que los hombres, hilando algodón, tejiendo redes para pescar o haciendo hamacas y lienzos para cubrirse las que pasaban de doce años. Alumbrábanse con hachones de madera odorífera, como el jiquí y la cuaba, y obtenían el fuego por la frotación de madera seca. Eran aficionados a los animales domésticos tales como perros mudos, guaminiquinares, cories, jutías, flamencos, yaguazas, guacamayos, cateyes etc., bien por puro esparcimiento, bien para comérselos. Embriagábanse con chicha (aguardiente de maíz) y fumaban tabaco, o mejor dicho con el tabaco, que era una especie de boquilla en forma de Y griega, por la cual absorbían, colocando sus extremos en las ventanas de

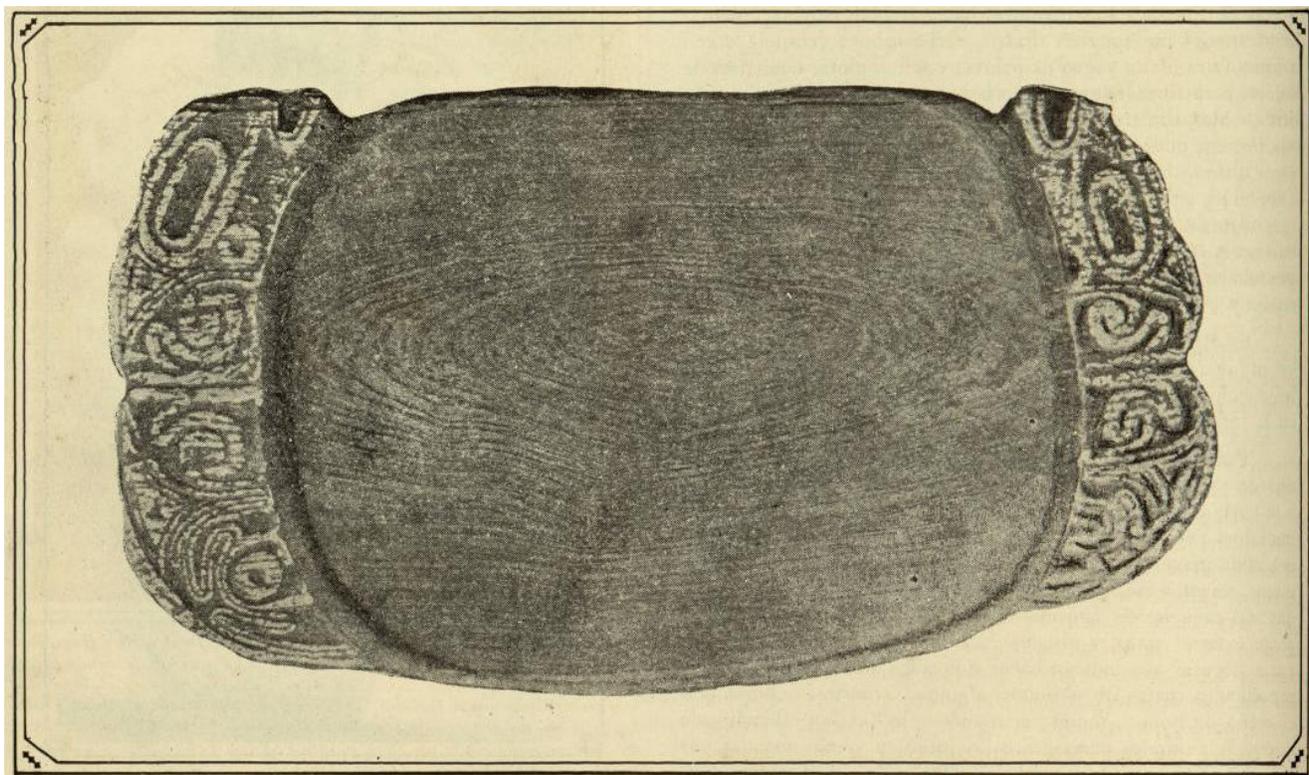


FIG. 4. Dujo en madera, de una sota pieza, de la colección del coronel Rasco, visto por su parte superior

la nariz, el humo de la planta hoy conocida con ese nombre y que entonces se llamaba cohíba. También fumaban las hojas enrolladas o envueltas en forma parecida a la actual. El tabaco, es decir el cohíba, cojiba, cojoba, cojiaba o cohob, era muy apreciado por los indios en sus prácticas religiosas y en la medicina. En los ritos sagrados serviales de incienso que quemaban a los "semís" o "semies"; los jefes y sacerdotes se embriagaban con sus ahumadas y hasta con el jugo de la planta; los médicos la empleaban en sortilegios y purificaciones; era el más usado de sus purgantes, y lo extendían en una especie de mesa redonda, en polvo, para cubrir con el la cabeza de las divinidades en sus actos de adoración.

Los sacerdotes eran médicos simultáneamente y se llamaban Behiques. Según cuenta Herrera, el Behique cubano acompañaba en vida al cacique, se daba muerte al fallecer aquél y los enterraban juntos. La forma de gobierno parecía ser la monárquica, y vivían repartidos en pequeños reinos o tribus en los cuales venía a ejercer el poder supremo el Cacique o Casique. Según Pedro Mártir y los cronistas "de la época, el gobierno de los tainos, era admirable por lo humano y lo or-

denado. Las formas monárquicas estaban templadas por tanta bondad y piadosa moralidad que era desconocida la soberbia. Amaban a sus príncipes, y su respeto no les privaba de un trato familiar, al extremo de sentarse a la misma mesa y meter la mano en el plato en que comían. El Cacique tenía derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, pero jamás abusaba de su poder. Le daban el tratamiento de Matuseri, que equivale a nuestra Alteza o Majestad. Los naitanos tenían a su vez el de bahaí (señoría o excelencia) y el resto el de buaxó (Vd.)

Todos trabajan en sus conucos, pero nadie sabía lo que significaba lo mío, o lo tuyo. El oficio de los reyes, dice Torquemada hablando de los lucayos, es el de los reyes de las abejas, que no es más que tener cuenta y cuidado de cada uno de los subditos, como si por ventura fueran hijos de un padre; era el mayordomo de todos. Tenía encargo de mandar a cada uno de por sí y a todos juntos que hicieran sus sementeras y labranzas en los campos para tener pan que comer, y fueran a cazar y pescar; todo lo cual tenían en dicho rey y él lo repartía. Lo mismo hacían en todas las demás cosas en que tenían necesidad. Cosa maravi-

llosa—refiere Pedro Mártir en la séptima década—que estos vocablos mío y tuyo y otros semejantes que huelen a particular posesión y dominio, no se expresasen, no se oyeran jamás entre aquellos isleños, ni los conocieran, de donde se sigue qué era el admirable y pacífico gobierno de los señores que gobernaban, pues no habían cosa que lo impidiese, siendo el interés de las posesiones y dominios la más ordinaria y frecuente causa de las disensiones y alborotos. No tenían contiendas ni litigios contentándose con la posesión común.

Los caciques solían emplear la superstición en sus actos, pues dirigían las fiestas y hasta gozaban del privilegio de tocar el tambor en los areitos. Cuenta Carlis (*Lettres sur L'Amérique*) que un cacique de las islas, queriendo imponer al pueblo, fácilmente imaginó comunicar con tubo o trompa un lugar donde estaba su ídolo. Un confidente hablaba por él y hacía creer que las palabras salían del ídolo.

Entre las divinidades o ídolos ocupa lugar importante el Zemi o Semí, en realidad simulacro de una religión no definida, pero en la que latía la idea de un Dios superior, de los que todos los demás eran auxiliares. Estos Zemís o dioses subalternos, habitaban la tierra, tenían sus devotos especiales y sus protegidos, a quienes hablaban los sacerdotes, haciendo creer al pueblo que eran esos seres sobrenaturales los que les dirigían la palabra. Los había particulares como los antiguos penates; y los caciques perpetuaban el culto de sus Zemís favoritos con gran veneración: eran amuletos religiosos, objetos adorables. Formábanlos cibas o piedras; troncos de árboles, el algodón en figuras de muñecos etc., etc... Las piedras de los caciques se suponían sacadas del mar, sirviendo como recursos en las grandes necesidades. Los Zemís revestían diversas formas y a menudo pertenecían al sexo femenino. Para algunos escritores tenían los indios, a más de la idea de un Ser Supremo, la de un cielo (turey.)

Extendiéndonos todavía algo más a riesgo de cansar a nuestros lectores, en este orden de consideraciones en relación con las costumbres de los Siboneyes, diremos que el culto de estos indios, que aceptaban las penas y recompensas en otra vida, se componía de sencillas demostraciones. Vivían de la pesca, poseían grandes corrales de tortugas y se ocupaban también en la agricultura,

según ya se ha visto. Suponían que los dioses se irritaban contra los tibios y los indiferentes y entonces realizaban sacrificios y ofrendas. Los jóvenes iban al campo de cultivo y los ancianos quedaban a la sombra de los árboles. Cada cual tomaba lo que necesitaba ora porque lo permitía la abundancia que para todos había, ora porque creían que el uso de la tierra, como el de la luz y el aire, era para todos. Los cultivos estaban reducidos al algodón y el maíz, cuidando también en forma peculiar algunas frutas, tales como el anón y la pina, y viandas de las que anteriormente se ha hecho mención.

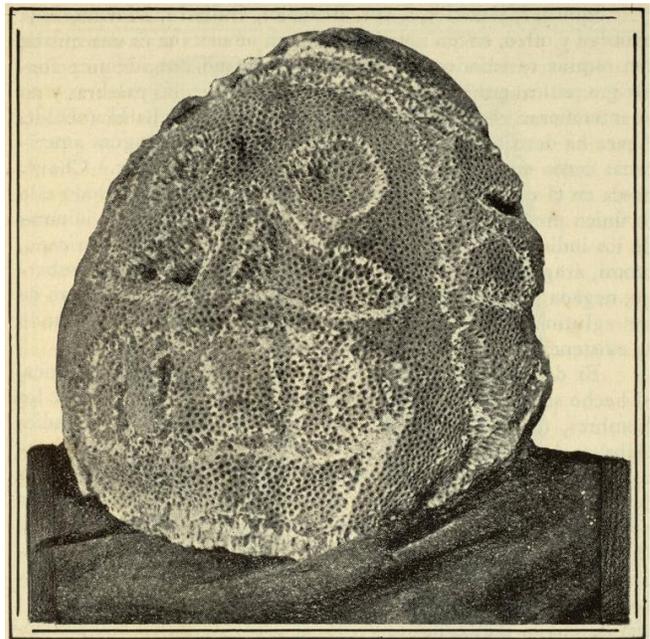


FIG. 5. Cabeza humana esculpida en piedra madreporica. (Colección del coronel Rasco.)

En Cuba, solamente se han encontrado algunos ídolos semejantes a los de Haití; huesos antiquísimos, calaveras prolongadas por el hacha, etc. Don Andrés Poey, presentó a la sociedad de arqueología americana, una memoria sobre antigüedades cubanas, ilustrada con una lámina en que se trazaron siete ídolos o Semies encontrados en Cuba y Santo Domingo; pero el más notable fué el hallado en 18 de Mayo de 1852 por el señor Rodríguez Ferrer en la estancia *Eguarabó*. Es de piedra negra muy pulimentada y figura un cuadrúpedo sentado sobre los cuartos posteriores a manera de perro; pesa dos arrobas y dos onzas y tiene tres pies de altura. Con él fueron recogidos

otros dos, uno de color pardo, que recuerda la figura de un pescado, y otro de barro cocido, con apariencia intermedia entre la de un hombre y un mono.

Es notable, dice Bachiller, que la desnudez de los indios solteros, no fuese repugnante en mayor grado que lo fué a los europeos que por primera vez la presenciaron. Américo Vespucio, afirma que la vista de las desnudeces causaba entre ellos la misma impresión que a nosotros la vista de la boca o la nariz. Erar, limpios y aseados de su persona, escribe Navarrete, y honestos en general. Usaban trajes y adornos peculiares. Según el Cura Bernaldas, los indios que se presentaron a Colón deseosos de irse con él, en la parte occidental de Cuba, iban engalanados de un modo original. “El Cacique, llevaba un sayo de plumas coloradas y una bandera blanca en la mano: él y sus compañeros traían pintadas las caras, plumas blancas en las cabezas, sobre la frente unas tablillas redondas semejantes a platos pintados, llevando dos de ellos trompetas de palos dorados, pájaros, sombreros de palma blancos, y al pescuezo una joya de alambre de una seda que hay en aquella comarca que se llama guaní como una flor del tamaño de un plato; parecía oro de ocho kilates; pendiente un sartal de cuentas gordas, de piedras de mármol de gran precio; colgando de cuello y cabeza una guirnalda de piedras menudas verdes y coloradas; una joya grande sobre la frente y tablitas de oro y piedras pequeñas en las orejas. La cintura la ceñían sargas de cuentas verdes como las guirnaldas.”

Don Francisco Javier de la Cruz dio a la tierra de los Siboneyes treinta provincias. El dato no será exacto, pero los nombres son tomados de documentos auténticos. Entresacando de los cronistas algunos de estos nombres, puede asegurarse que por lo menos existían los siguientes territorios, Maisí, Baracoa, Bayaquitiri, Sagua, Boyuca, Macaca, Guaranayabo, Barajagua, Bani, Maniabón, Cayaguayo, Maguana, Maijé, Gaimaya, Bayamo, Cucibá, Guáimaro, Camagüey, Ornofay, Magon, Guamuhaya, Sabaneque, Jagua, Anamana, Cubanacán, Macuriges, Habana, Marien, Guaniguanico y Guanahacabibes. En cuanto a pueblos que encontraron los españoles y que, naturalmente, reedificados, hayan persistido hasta nuestros días, pueden citarse los siguientes: Ma-

yanabo, (Marianao) Yucayo (Matanzas), Hanamana (Hanábana) Carahate (en las inmediaciones de Sierra Morena), Sabana (Remedios), Coanao, (donde estuvo primitivamente Puerto Príncipe) .Camagüey, Manicanao (en Bayamo), Baní (Baños), Macaca, Cueivá, Barajagua etc. Algunos otros pueblos podrían citarse, muchos de ellos como Guanabacoa, Guáimaro, Jiguaní y Caney, que han conservado sus nombres.

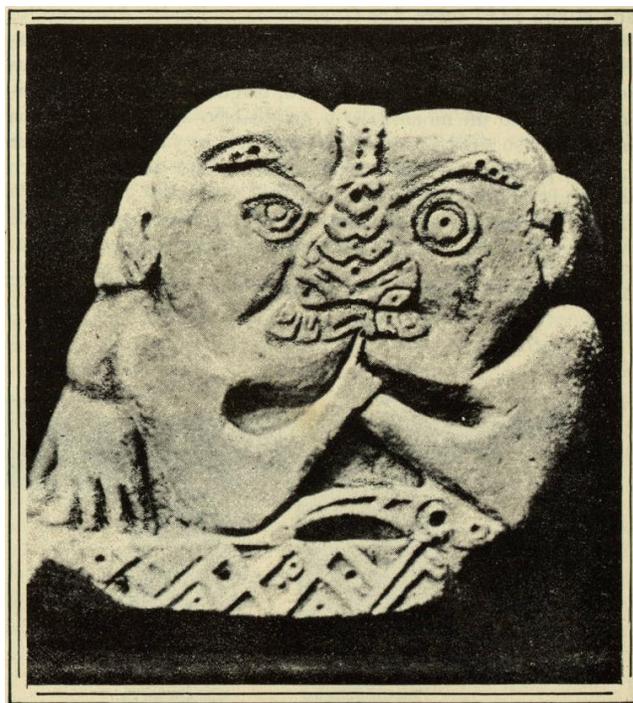


FIG. 6. Ídolo indio encontrado por los señores Rafael Borroto Domenech y Hugo Robert y Díaz en una exploración que llevaron a cabo en la Hacienda Open Door, propiedad del señor Luis Díaz Betancourt, enclavada en el lugar denominado Tomy (nombre indio) del término municipal de Holguín. Dicho ídolo, al que sus descubridores han bautizado con el nombre de Dios del Silencio, pertenece ahora a la colección particular García Fera Collection, de Holguín. Los señores Borroto y Díaz preparan un libro, *Historia del Arte Aborígen Cubano*, fruto de sus estudios e investigaciones. (Foto Quesada.)

Los Siboneyes eran, según la expresión de un cronista de la época, los indios más civilizables entre todos los que encontraron los españoles. Ello no obstante, en la parte occidental existían tribus más salvajes que en el resto de la Isla. Cítase en las de más áspera condición la de Los Ma-

curijes (Acaso los macories de Haití, trasladados a Cuba huyendo de su país). Posiblemente se trata de caribes establecidos en la Isla, como los citados por Noda en Marien (Mariel,) y por Uricoechea.

En cuanto al idioma de los Siboneyes, es materia que no parece posible tratar con extensión en monografías tan estrechas como la presente. Formar un diccionario tan completo como pudiera desearse de las voces conocidas de aquel idioma, sería tarea ardua que no respondería al propósito inspirador de este trabajo ni cabría dentro de la extensión que le ha sido prefijada. Podemos a este respecto referirnos al excelente vocabulario alfabético de don Antonio Bachiller y Morales, al *Diccionario de voces cubanas* de Pichardo, en el cual se incluyen muchas palabras indígenas, y otros libros conocidos sobradamente y que no parece necesario citar. Sí creemos conveniente, en cambio, decir algo sobre el posible origen de ese idioma. Muchos son los que se han preocupado de estudiar los restos de la lengua siboney, pero es lo cierto que no se ha llegado a una conclusión definitiva, proponiéndose únicamente hipótesis y conjeturas más o menos fundadas. Para Noda, que comenzó sosteniendo la procedencia yucateca de la lengua cubana, ésta más bien tiene su fuente en las tierras de Costa – firme, de cuyos habitantes pudieran venir también los antillanos. Así por lo menos lo asegura en su curioso estudio publicado el año 1857 sobre *Los Guajiros de la Vuelta Abajo en los Anales de Fomento y Memorias de la Sociedad Económica*. Antonio del Monte cree que era uno solo el idioma *yucayo* en todas Vas, vstav. que. tsa. tico, ílxúdo, sonoro, original y de sencillo artificio, bastando un monosílabo o un disílabo agregado a la voz para alterar su significación. Para probarlo se vale de los únicos nombres propios que nos quedan, señala el uso de diptongos en las ocho combinaciones “ai”, “ao”, “ei”, “ia”, “io”, “oi”, “oa”, “ua” y la abundancia de vocales en las dicciones, estableciendo una curiosa analogía con el italiano en su formación histórica.

Squier, Humboldt, Vatu, Britchau, Gallarín, Morton, Duponceau y otros, hacen notar que la raza americana es una misma con escasas variedades, encontrando el último una idéntica forma gramatical a sus idiomas, aunque variasen en las

palabras y no se entendieran entre sí, observación esta que confirma Humboldt. Azara ha descubierto referencias al hebreo en las lenguas americanas como en el vocablo Jamaica (Separada del mar.) Chavé, busca en el sánscrito el origen de todas las lenguas. De todo ello lo único probado es el carácter polisintético de algunos idiomas de los indios americanos tales como el galibí, quiche, mexicano, otomí, aragua y sus análogos. Esta conclusión ha sido, sin embargo, negada por otros escritores, los cuales rechazan el supuesto de ser aglutinantes las lenguas americanas, bien que demostrando la existencia en ellas de notables formas gramaticales.

Es de notar en algunas lenguas de los indios de América, el hecho singular de que las mujeres usen una distinta a la de los hombres, (Azara y Rivero) sosteniéndose que entre los indios Albas de Paraguay, hasta variaban de palabras según se tratara de casados o solteros. El propio Rivero, atribuye a todas las lenguas americanas el carácter polisintético que les permite con afijos dar a una palabra muchas significaciones. Así en Galibí, se distinguen las personas de los verbos por la adición de una consonante; y en el idioma Mosquito, la adición es al final y no de consonantes radicales, sino de sílabas, como Man-Kam, Ne-Ma etc. En la lengua mexicana los verbos se construyen con anteposiciones o posposiciones de letras o sílabas.

En los adjetivos, varían las terminaciones en algunas lenguas, de que trae numerosos ejemplos Scool Kraft. Véanse respecto a la riqueza de algunos de estos idiomas el *Tesoro de la Lengua Quiche*, del P. Ximenez, y la *Gramática* de la misma lengua del abate Basseur de Bourbourg. Es curioso observar la ausencia en la inmensa mayor parte de estos idiomas, aún el Otomí, (semejante al Chino en muchos casos) del verbo sustantivo *SER* y del auxiliar *HABER*. Los nombres suelen ser frases y el uso de los pronombres y de lo que llama Horacio Garochi semi pronombres, resulta verdaderamente interesante para el investigador.

Vestigios del lenguaje de los Araguas, se encuentran en Cuba y Haití, tales como la variación de la radical “n”, en el infinitivo, las terminaciones del reflexivo y la terminación “kultun”, como signo de hacer. La letra “m”, antepuesta al verbo,

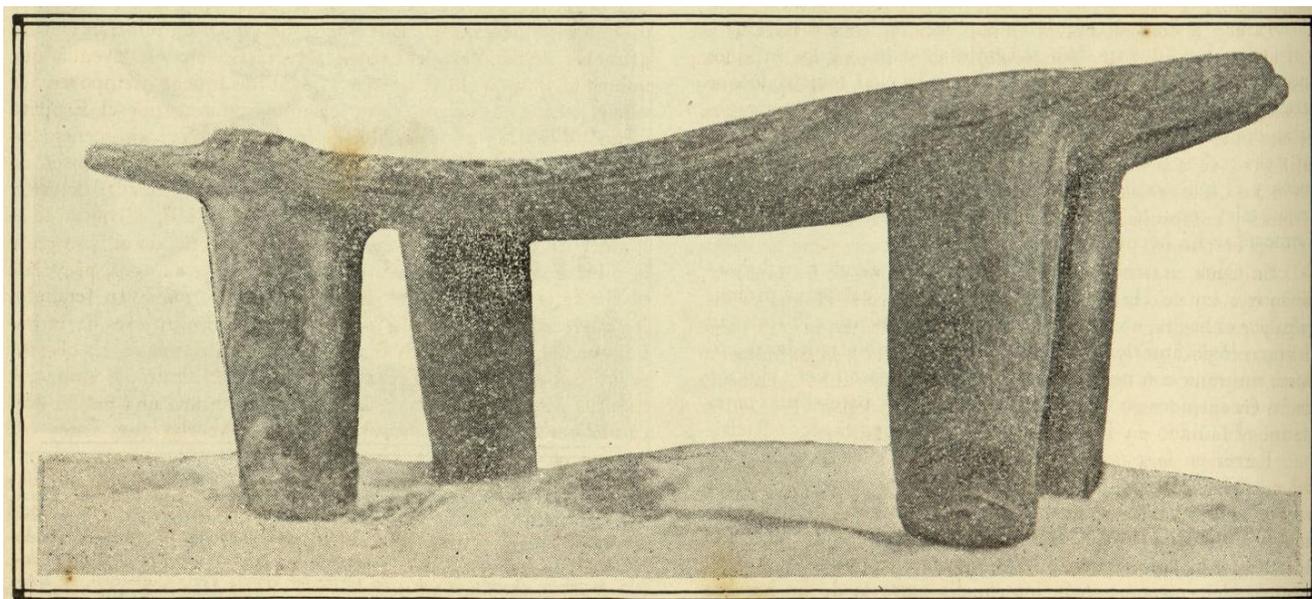


FIG. 7. El mismo Dujo, del coronel Rascó, visto de frente.

le dá sentido negativo como en “akutun”, (comer) y “makutun” (no comer.) Los sufijos “oni”, “ani” e “uni”, hacen sustantivos los verbos; el sufijo “acá”, indica instrumento; y “ti”, “gle”, personas. La confusión de la “l” y la “r”, ha quedado como herencia en las personas poco educadas en Cuba, así como las de la “b” y “p” y la “c” y la “g”.

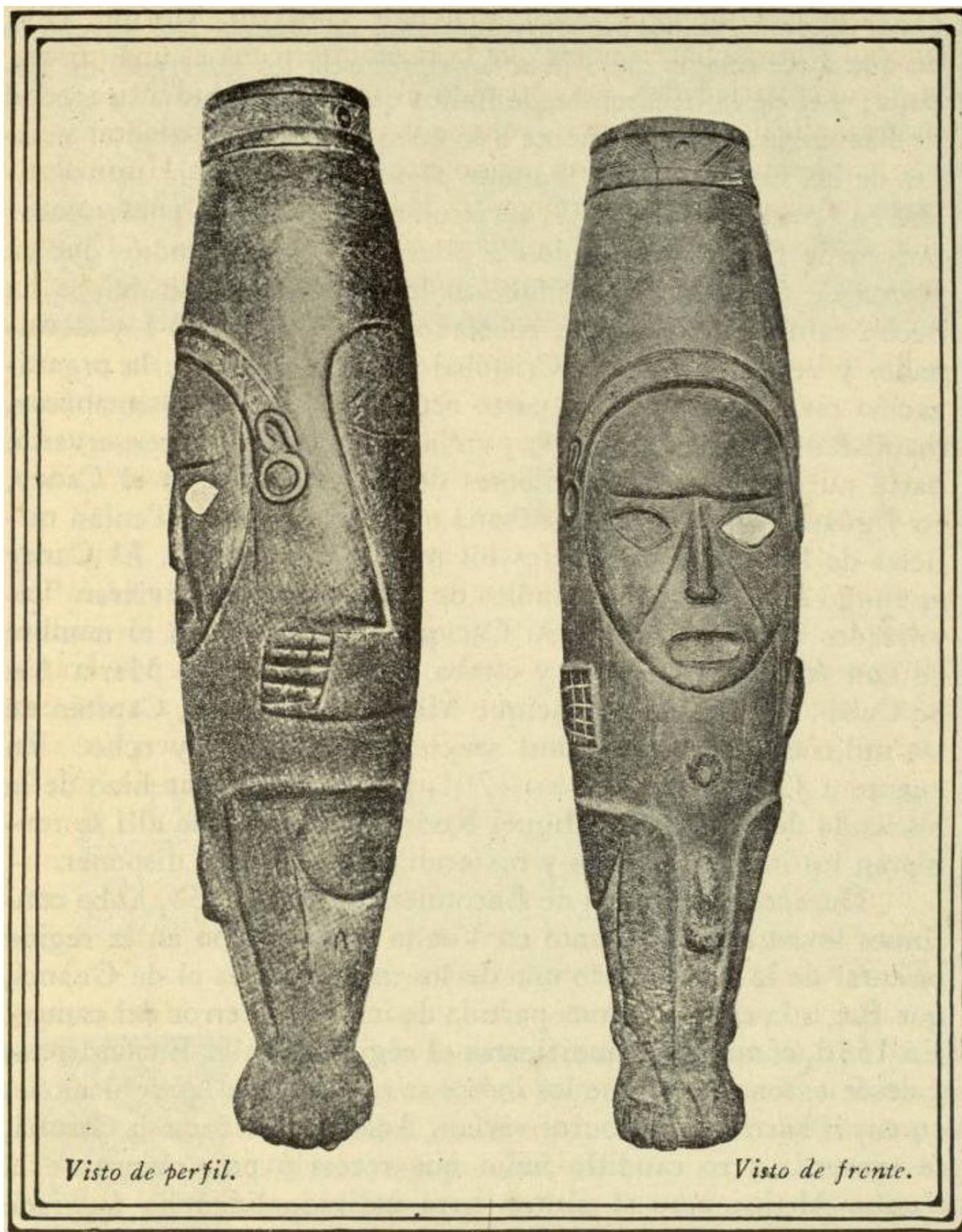
Moke, Hervás y Rafinisque, dan a los habitantes de las Antillas un origen remoto, en el antiguo mundo, suponiendo el último como consecuencia de sus estudios filológicos que los haitianos y los cubanos derivaban de los pelagos y encontrando parentesco a su idioma con la lengua Maya. Kennedy estima el yucateco semejante al vascuence y hay quien asegura existir en la lengua taina, las huellas de cuarenta y cuatro nacionalidades.

Parece innecesario entrar en más detalles, para demostrar la dificultad de señalar una fuente definida al idioma de los indios siboneyes, debiendo conformarnos a este respecto con la aseveración fundamental aceptada por la mayor parte de los que acerca de esta interesante cuestión han hecho detenidos estudios, de ser análogas y de una misma procedencia la de los siboneyes y la de los indios de las restantes antillas y de la costa firme. Sirvan de ejemplo y comprobación de este parentesco, la palabra *guajiro*, aplicada en nuestro país y que es el nombre de una tribu de indios del continente en que además existe la península de La Guajira; el uso frecuente de la silaba “gua”, co-

rriente en el idioma caribe, la palabra *toa* (rana) siboney, que se encuentra en la otra parte del mar, el vocablo *botuto*, que es nuestro *fotuto*, la terminación *bacoa*, tan común entre nosotros como en la antes citada península de La Guajira y otros muchos nombres que pueden verse en los trabajos de Codazzi y en el vocabulario de Bachiller.

Réstanos para aclarar por terminado este brevísimo recuerdo del origen y formación del lenguaje siboney, hacer resaltar cuan gran número de palabras ha obtenido de él el castellano aceptándolas definitivamente con su propio significado. Así aparte de las denominaciones de lugares, pueblos y animales pueden citarse “huracán” (viento grande,) con que se designan hoy universalmente las tempestades más violentas, “bajareque” (casa pobre y en mal estado) “maíz”, “banana”, “bejuco”, “fotuto”, bohío, hamaca y otras muchas, que parece innecesario recordar ya que con las apuntadas queda suficientemente justificada nuestra afirmación.

La historia de los indios siboneyes, último extremo a que debemos referirnos en esta monografía, no tiene verdadera importancia ni nos enseña nada nuevo. Algunas curiosas leyendas se conservan de la época anterior a la dominación española, las cuales realmente arrojan más luz sobre las creencias religiosas que sobre las costumbres de aquellos indios. Así sucede por ejemplo con la recogida por el señor Güell y que



Visto de perfil.

Visto de frente.

FIG. 8. Ídolo de madera de guayacán de la gran tierra de Maya. (Museo Montarle, Universidad Nacional)

vendría a ser, respecto de los siboneyes, algo así como la de *Tubal* en relación con los primeros pobladores de España. Refiérese en esa leyenda que habiendo llovido sin cesar por espacio de mucho tiempo en la superficie de la Tierra, como castigo impuesto por el Espíritu Grande (DIOS) a los pecados de los hombres (reminiscencia esta como se ve del Diluvio Universal) los haitianos hubieron de refugiarse en las cuevas de Caci-baxaqua, cuyas entradas tapiaron para impedir que en ellas penetrase el agua. Allí, privadas de la luz del sol, fueron muriendo sus mujeres; y, cuando al fin cesado el diluvio, surgieron de nuevo a la vida de los campos, preveíase el fin de la raza por falta de seres a quienes pudieran fecundar los guerreros. Adonaya, la más bella entre las mujeres de la tribu, que había quedado viva, negábase obstinadamente, no obstante las súplicas y aún las órdenes del cacique Huacani, al amor que hubiese perpetuado la raza. En su pecho vibraba una pasión única: la que le inspirara Tuey, gallardo mancebo que, antes de la vida en las cuevas, habíase perdido mar afuera en su canoa. Una noche, mientras Adonaya gemía su pena en la playa, una voz le ordenó que marchase mar adentro hasta un nuevo país, en el cual sus ansias tendrían término; y ante sus ojos asombrados el océano se abrió para darle paso. Por el milagroso camino lanzóse obedeciendo a aquella voz desconocida, hasta llegar a una isla más hermosa y florida que su Patria, aunque desierta. Era Ornofay (Matanzas), el lugar de la costa a que había arribado. Encontró refugio durante algunos días en las cavernas de Aicoroa (Bellamar) y cuando salió de ellas en busca de su amor, ocurrióle un singular suceso, antes de relatar el cual, es preciso hacer una ligera explicación.

Tuey, el guerrero amado por ella, lo era a su vez por Tinima, hija de Vagoniona (El Viento.) Pero siendo Tinima de esencia divina, le estaba prohibido el amor de los mortales; y en castigo de su pasión humana el Espíritu Grande la convirtió en río (¿el actual Tinima de Camagüey?) y a su amante en sinsonte que habría de cantar perpetuamente a la sombra de los árboles nacidos junto a la orilla y cuyas ramas se inclinaban hasta besar la corriente.

A ese lugar llegó Adonaya en su loca peregrinación tras del ensueño; y sentándose junto a una

roca lloró sus cuitas. Cayeron las lágrimas en el hueco de la piedra y cuando ella se alzaba para continuar su marcha, un sediento sinsonte acercóse a beber el llanto de la virgen. En el acto se rompió el encanto, recobró Tuey su forma humana y de su mutuo amor surgió la raza siboney.

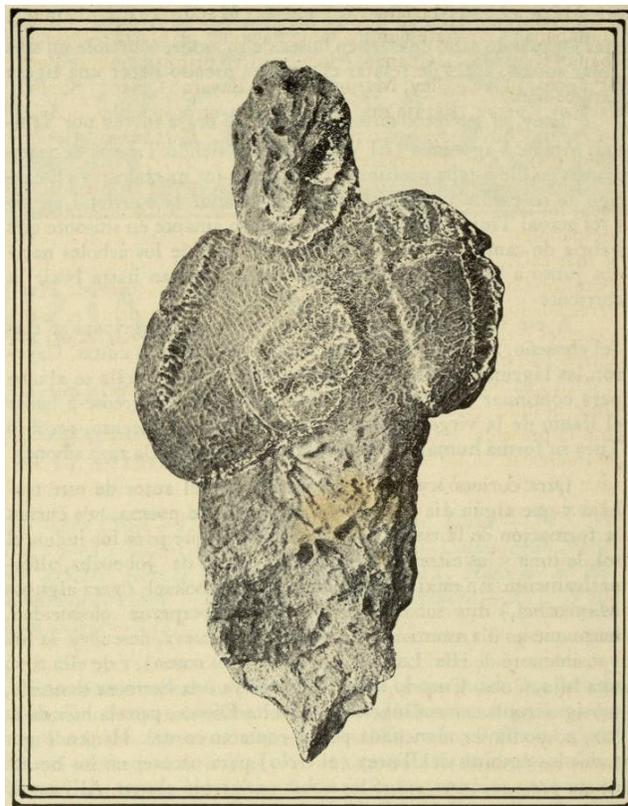


FIG. 8. Ídolo tallado en piedra madreónica recogido en Baracoa. (Colección del coronel Rasco.)

Otra curiosa leyenda reconstruida por el autor de este trabajo y que algún día verá la luz en forma de poema, nos cuenta la formación de la tierra cubana. Sabido es que para los indios el sol, la luna y las estrellas salían de las cuevas de Jobobaba, alternativamente. En estas cuevas habitaba Matchokael, (para algunos Maniatibel,) dios subalterno que vivía en perpetua obscuridad, hasta que un día asomándose a la boca de la cueva, descubrió la luz y se enamoró de ella. La poseyó, (ignoramos como), y de ella tuvo una hija, Cuba. Cuando esta virgen era ya una hermosa doncella, persiguiéronla con sus lúbricos deseos los Dioses; pero la hija de la luz, no podía ser manchada por el contacto carnal. Huyendo por todos los ámbitos del Turey (el cielo) para no caer en los brazos de sus perseguidores, rasgó las nubes y se arrojó al

mar. Allí quedó dormida, meciéndola suavemente las ondas. Sus lágrimas fueron ríos; de sus senos surgieron los montes, de sus cabellos los bosques; de sus pestañas las palmeras; y fué por su origen divino la más hermosa y mejor y de las tierras, en donde eternamente debía brillar el sol y florecer la primavera.

Otras muchas leyendas podríamos recordar, semejantes en su fondo y en su forma a las dos que quedan consignadas, pero bastan las precedentes a nuestro propósito, limitado a dar una ligera idea del espíritu poético y, delicada invención de estos ensueños de la tradición.

La historia cierta de los indios poco o nada tiene de interesante para nosotros. Noticias confusas transmitidas de boca en boca y llevadas a las páginas de los cronistas del descubrimiento con frecuentes contradicciones, podríamos traer aquí. Pero ello no parece realmente necesario, ya que como antes decimos nada nuevo vendrían a enseñarnos acerca de los primeros pobladores de la isla. De la época de la Conquista, son sobradamente conocidos los incidentes de Hatuey, el cacique de Santo Domingo, vencido por los españoles y que al ser quemado como le mostraran la cruz para su conversión, a fin de que siendce cristiano pudiese ganar el cielo, se negó obstinadamente, en cuanto fué advertido de que a ese mismo cielo iban sus opresores, los guerreros de España; y el de la hecatombe de indios que dio nombre a la ciudad de Matanzas. Posteriormente a la conquista se estableció el sistema de las Encomiendas. Durante algún tiempo, ya lo hemos dicho en otro lugar, los indios vivieron alejados de las poblaciones; más tarde fueron acercándose a ellas. Los últimos indios que en forma de tribu cabe recordar son los Macuriges, de que se ha hecho también referencia, rebelados en el siglo XVI y dominados y vencidos por don Cristóbal de Sotolongo. En la organización civil figuran en la parte occidental, los de Guánabacoa, mandados a recoger en 1554; y en la parte oriental se conservaron hasta nuestros días descendientes de los siboneyes en el Caney, en Jiguaní y aun en Guay Sabana o Caneyes Abajo. Tenían milicias de las cuales eran jefes los principales vecinos. El Caney se fundó en 1514 por los indios de Cuba para que vivieran “civilizados y con policía”. Su Caci-

que se bautizó con el nombre de don Alonso Rodríguez y estaba casado con doña María Ala de Cuba. Fué el último cacique Marcos Rodríguez, Capitán de las milicias, fallecido en mil seiscientos cincuenta y ocho. En cuanto a Jiguaní se pobló en 1701, por la cesión que hizo de la hacienda de su nombre Miguel Rodríguez, para que allí se reunieran los indios dispersos y tuvieran tierras de que disponer.

Durante el régimen de Encomiendas hasta 1554, hubo continuos levantamientos tanto en Vuelta Abajo como en la región oriental de la Isla, siendo uno de los más notables el de Guama, que fué, a la cabeza de una partida de indios, el terror del campo. En 1530, comenzó a modificarse el régimen de las Encomiendas y desde entonces fué que los indios se acercaron a las poblaciones en cuyos barrios extramuros vivían. Además del famoso Guama, se recuerda otro caudillo indio que recorrió posteriormente la Vuelta Abajo; pero el último cuya individualidad ha figurado en nuestra tierra carece de nombre; es el *Indio Bravo*, que apareció en 1800 cerca de Puerto Príncipe y del que se cuentan espantables hazañas, suponiéndole asesino y antropófago. Después de tres años de verdadera consternación para los campesinos, fué muerto por Agustín Alvarez y Serapio Céspedes, quienes rescataron, al darle muerte, el niño José María Alvarez, secuestrado por él un día antes. (Bachiller—*Cuba primitiva*)— Cruz Castellanos y C. Jesús Arango— *Apuntes para la historia de la Isla de Cuba*.

A partir de su vida en común con los blancos, los siboneyes fueron extinguiéndose hasta desaparecer por completo. El contacto de la civilización los mató. Y hoy, apenas si queda de ellos otro recuerdo que el de la dulce flexibilidad de sus vocablos, engastados en el idioma castellano, o el homenaje que quiera rendirles el investigador paciente persiguiendo de libro en libro, de bosque en bosque, y de piedra en piedra, una huella, una sombra, un eco de aquella gente sencilla y noble. Tales fueron los indios de Cuba. Recordémoslos con piedad y con afecto al cerrar este brevísimo cuadro en que hemos intentado dar una idea fiel, aunque no tan completa como hubiésemos querido, de su carácter y de su historia, de sus hábitos y sus costumbres, de su vida y de su fé.